

ABC EMPRESA

Domingo, 12 de octubre de 2014/Nº 286/abc.es/economía



¿A quién no le gustan los sobrecostes?

FERNANDO VALDERRAMA CEO DE PRESTO

Sobrecostes somos todos. Un sistema que funciona desde antes de la democracia y que ha superado todos los controles inherentes a la misma es un sistema que viene bien a mucha gente. En realidad, dentro de cada sobrecoste hay un trocito para cada uno de nosotros.

Según el chascarrillo del sector, cuando Rodrigo de Triana gritó «¡Tierra!» al acercarse a La Española, Colón le corrigió nada más pisar el suelo: «¡Roca, y de la más dura!», a lo que un ingeniero presente añadió: «No hemos llegado y ya tenemos el primer modificado». El modificado es la madre de todos los sobrecostes y se refiere a las variaciones que se introducen durante la obra cuando no puede ejecutarse de la manera prevista.

Hay muchas causas de modificados. La construcción actúa en una fábrica provisional, en un suelo de otros, que nadie en su sano juicio elegiría como lugar de trabajo. La obra empieza profundizando bajo un terreno en el que puede aparecer de todo. Como ocurrió en Panamá, las constructoras no pueden ir previamente a ver qué se encuentran y tienen que fiarse de lo que diga la parte contratante, asumiendo lo que se llama «riesgo geológico». Si en lugar de terreno firme hay fango, el constructor no tiene por qué hacerse cargo del incremento del coste, por mucho que lo diga el contrato.

Algunos cambios son inevitables, pero otros de-

saparecerían con una redacción más cuidadosa de los proyectos. Redacción que sería más cuidadosa, dicen los proyectistas, si tuvieran más tiempo para realizar el proyecto, que se encarga con prisas pero luego tarda años en iniciarse.

Los cambios durante la ejecución son necesarios: si no se admiten no podría construirse casi nada. Pero dentro de un orden. La antigua Ley de Contratos del Estado permitía que el presupuesto original subiera hasta un cincuenta por ciento, entre unas cosas y otras. Esto estaba tan asumido en el sector que el Ayuntamiento de Madrid informó de que la desviación de la M-30 era del diez por ciento, cuando en realidad era del sesenta.

Como resultado, las empresas, sabiendo que conseguirán subir los ingresos durante la ejecución, ofertan por debajo del coste real. Una vez obtenida la obra siempre se encuentra algo que cambiar.

Si los técnicos que dirigen la obra intentan poner freno a los cambios, encontrarán que el jefe del jefe de su jefe resuelve las diferencias con la contrata el sábado por la noche, probablemente en un estado, lo que los motiva poco para ejercer su tarea en representación de todos.

La Ley de Economía Sostenible ha disminuido el porcentaje de cambios admisibles, fundamentalmente por presiones de Bruselas, si bien el sistema ha cambiado más por la escasez de dinero que por

la voluntad política. Los costes directos de la corrupción, como las comisiones por obtener una adjudicación, son muy visibles, pero pueden representar un porcentaje pequeño en comparación con las desviaciones totales. Es más importante el efecto indirecto del soborno, ya que una adjudicación sesgada no será la más correcta desde el punto de vista técnico y económico y la administración estará en peores condiciones morales para exigir y verificar el cumplimiento estricto del contrato.

Otros sobrecostes habituales provienen de los llamados «Departamentos de inventar necesidades» de los organismos públicos, como los llama Christoph Ingenhoven, el arquitecto de la nueva estación de Stuttgart, famosa por su sobrecoste. Los políticos exigen, pero no asumen los costes de sus exigencias. La necesidad de terminar tramos del AVE antes de las elecciones, como sea, la hemos pagado entre todos.

Hay aumentos que nunca existieron, porque los medios a veces comparan el coste estricto de la ejecución de la obra con el importe final, que incluye el costoso equipamiento necesario para que funcione el hospital o el museo. Otro coste extra, que sí existe, se debe al ego del proyectista, que incorpora al proyecto características innecesarias porque prefiere la aprobación por sus pares o batir un record de ingeniería frente a la responsabilidad ante la sociedad. Ellos buscan la fama y la fama cuesta, pero la fama les llega a ellos y la pagamos nosotros.

El último sobrecoste, el más grande, es la obra innecesaria, la del político que exige un AVE a su ninguna parte o un edificio de firma en su ciudad porque sí. Aquí, el sobrecoste es la totalidad y el culpable es el que vota a los políticos precisamente porque hacen eso. Como yo mismo.